

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

¡Máteme usted!...

Era una de esas jóvenes educadas a la moderna, en cuyo cerebro sin ideal se refleja la vida a través de un prisma totalmente utilitario... Dos y dos son cuatro...

—¡Por aquí doctor!... ¡Ah!... ¡Qué cambiada va usted a encontrar a mi pobre abuelita...

El doctor siguió a la joven, y al cabo de algunos instantes se encontraron ambos en la alcoba de la enferma.

La pobre anciana no hablaba.

Acostada en el lecho, con su piel arrugada, sus cabellos incoloros y sus largos brazos descarnados, producía la impresión de un árbol vetusto arruinado por el tiempo. Sus labios ostentaban esa coloración purpúrea característica de los cancerosos... Había momentos en que todo su ser se agitaba convulso víctima de la invisible mordedura de los mil tentáculos que, extendidos interiormente por su cuerpo, se la iban comiendo viva.

—No hay esperanza...—dijo el doctor después de un rápido examen.

—¿Y a qué esperar?...—contestó la joven con voz ténue que apenas si turbó el silencio imponente de aquella reducida estancia.

—No comprendo lo que quiere usted decir, señorita...

—¡Pues es fácil de comprender, caballero!... Mi abuela está perdida... ¡sufre inauditos dolores... ¿No le parece a usted que sería una buena acción la de abreviar sus padecimientos?

—Hable usted más bajo... pobre niña... ¿No comprende usted que puede oír la su abuela?...

—¡Pero sí es que ella opina lo mismo que yo!...

—¡Se lo ha dicho a usted su abuela!...

—No; pero estoy segura de ello...

El doctor salió de la alcoba, y una vez en la sala, miró fijamente a la joven.

—Pero, señorita, ¿es posible que usted me diga lo que acaba de manifestarme?... ¿Por quién me ha tomado usted?...

—¡Oh doctor!...

—Sepa usted, señorita, que yo soy el médico; es decir, el único *cuya sola*

razón de ser consiste, precisamente, en curar o prolongar las enfermedades...

Si yo hiciera lo que usted me pide, sería yo un verdugo... un asesino...

—Le aseguro a usted, doctor, que jamás creí provocar con mis palabras esa indignación...

—De modo que yo debería considerar como la cosa más natural del mundo, que una señorita venga a decirme: «Como quiero mucho a mi abuela, hágame usted el favor de matarla»...

—Mi abuela sufre inútilmente... y yo quiero que deje de sufrir... ¿Qué hay en esto de particular?...

—Pero no comprende usted, señorita, que admitir esas ideas de usted es lo mismo que establecer el asesinato legal en la sociedad?...

—¡Pero cuando ya no hay esperanza alguna...

¡Me indignan sus palabras de usted, señorita!... ¿Por ventura se yo ni sabe ningún médico cuándo deja de haber esperanza? Yo conocí a un labrador que quiso asfixiar, bajo una almohada, a un hijo suyo que presentaba todos los síntomas de la hidrofobia... Pues bien, el niño curó... no se sabe cómo...

Y por otra parte, si existe el derecho de anticiparse a la muerte en toda dolencia de evolución fatal, habría que matar a los tísicos en tercer grado que obstruyen las salas de los Hospitales; a los cancerosos, a los incurables, a los paralíticos, a los ciegos... ¡Qué se yo!... Y luego a los locos, a los atacados por una de esas enfermedades morales que no tienen cura... ¿A dónde iríamos a parar con sus teorías de usted, señorita?... ¡Y qué campo tan fértil en facilidades para los que sueñan con probables herencias!...

Al llegar a este punto púsose la joven más seria de lo que había estado desde la llegada del médico.

—Pero comprenda usted, doctor, que yo no deseo que se anticipe la muerte más que a los que consintan en ello...

—¡Magnífico!... ¿Y cree usted que sería muy difícil obtener el consenti-

miento de los enfermos?... Yo conocí a una portera, cuyo esposo, había sido empleado en la fábrica del gas; padecía de laringitis tuberculosa, y cada vez que pedía un vaso de tisana, le gritaba ella: «¡Haragán!»... ¿Por qué no te decides a terminar tus males en el fondo del canal?...

El pobre, que había pasado trabajando cincuenta años de su vida, lloraba!... Pero tantas veces se lo dijo su esposa, que un día se dejó convencer el pobre hombre y se tiró al canal de cabeza.

Si hubiera de matarse a los enfermos que lo piden, habría de acelerar la muerte a los que padecen dolor de muelas o sufren los retortijones de un cólico... Yo visito a una señora que me suplica que la mate cada vez que hace al mundo el regalo de un bebé...

—Doctor, vuelvo a decir a usted que yo no esperaba...

¡Ah!... ni yo tampoco... Ahí veo un crucifijo... ¿Es usted católica?

—¡Ya lo creo!

¿Y cómo olvida usted entonces aquel mandamiento que dice: *no matarás?*...

—¿Y cuando se vé a una persona sufrir inútilmente?...

—¡Sepa usted, señorita, que no existen sufrimientos *inútiles*...! ni uno siquiera, del cual no pueda aprovecharse el hombre... ni uno que no pueda convertirse en ejemplo para los que rodean al que sufre. El dolor es la moneda con que se paga la entrada en la morada de Cristo... ¡Aun para interesar a las gentes del mundo es necesario haber sufrido... la corona de laureles busca siempre, con preferencia, la frente de los mártires!

—Yo he leído que en el Ohio se va a presentar un proyecto de ley...

—¡Oh... señorita... en el Ohio!...

El doctor se despidió; pero al llegar a la antesala, antes de abrir la puerta, se detuvo, y encarándose con la joven, la dijo:

—Le advierto a usted que su abuela es *mi enferma*... Defenderé su vida contra todo el mundo... contra usted misma, si es preciso... Si se aumenta la dosis de morfina, la denunciaré a usted a la policía...

Al contemplar a la joven, tan serena y tranquila como la estatua clásica, sin que el más leve sentimiento de piedad perturbara la armonía de los

músculos de su rostro, no pudo por menos de pensar en tanto bajaba la escalera:

—¿Y esta es la generación que viene a sucedernos?... ¿Y estas cosas pueden suceder mil novecientos años después del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo?... ¿O es que yo sueño y estamos en el año dos mil antes de su llegada?...

Era aquella, como decimos al principio, una de esas jóvenes educadas a la moderna, en cuyo cerebro sin ideal se refleja la vida a través de un prisma totalmente utilitario... Dos y dos son cuatro.

Pierre l'Ermite.

Los diez mandamientos del padre de familia

Bajo este epígrafe pueden darse a todo hombre honrado los siguientes preceptos. Procure guardarlos todo buen padre de familia, sino quiere abdicar la dignidad y alta representación que en ella tiene.

He aquí el decálogo:

I. Constituirás una familia con amor y la sostendrás con tu trabajo y la regirás con bondadosa energía.

II. Serás prudente en los negocios, pródigo en las enseñanzas, celoso en mantener la autoridad materna, tardo en tus palabras, pero irrevocable en tus decisiones.

III. Tendrás siempre para tu esposa inacabable apoyo moral, buscando en ella consuelos, sin desoir sus consejos.

IV. Destruirás todo error doméstico, toda preocupación y todo desorden en cuanto apareciere en el hogar.

V. Tratarás de que exista siempre un «superavit» en los afectos y en los intereses.

VI. Haz que tus hijos vean en ti, cuando niños, una fuerza que ampara; cuando adolescentes, una inteligencia que enseña; cuando hombres, un amigo que aconseja.

VII. No cometerás nunca la torpeza de presentar en oposición o lucha el poder paterno con el materno.

VIII. Haz que tus hijos sepan sobre llevar con virilidad los males de la vida.

IX. Estudiarás detenidamente las aptitudes de tu hijo; no le des a comprender que puede ser más que tú, pero ponle silenciosamente, en camino de serlo.

X. Cuidarás de que tu hijo sea tan robusto de cuerpo como sano de inteligencia. Hazle bueno antes de hacerlo sabio.

¡Oh buen padre de familia! Procura grabar bien en la memoria estos mandamientos, o tenerlos a la vista en el lugar de tu aposento, y haz examen de ellos con frecuencia si quieres ser feliz y hacer felices a tus hijos.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

En aquel tiempo... caminaba cierto día Jesús hacia Jerusalén cuando se adelantó afanoso hacia él un joven. Su porte distinguido, la finura de sus maneras, la discreción de sus palabras revelaban enseguida un adolescente de buena familia y un espíritu de cualidades nada vulgares. Era un príncipe de la sinagoga.

En cuanto llegó a Jesucristo dobló ante él reverente su rodilla y con mucha cortesía le preguntó:

—Maestro bueno, ¿qué de bueno tengo que hacer para tener la herencia de la vida eterna?

—¿Porqué me llamas bueno?, le respondió Jesús, ¿porqué me preguntas del bien? Nadie es bueno sino sólo Dios. Pero bien, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

—Maestro eso ya lo he observado desde mi niñez, ¿Qué mas me hace falta?

—Si quieres ser perfecto, le contesta, vé, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, después, ven y sígueme.

He ahí un camino de perfección.

Pero el hombre no tiene necesidad de llegar a tales extremos para ser grato a los ojos de Dios y merecer la vida eterna. Los bienes adquiridos con el trabajo honrado, son patrimonio de toda la familia y a ellos tiene derecho, así como también el puesto adquirido en la sociedad con méritos propios, de constancia en el trabajo, estudio, inteligencia etc., le exigen presentarse adecuadamente ante el mundo; pero tiene, sin embargo, el beneficiado por la fortuna, el que goza de alguna comodidad en su vida privada, el que tiene riquezas más o menos importantes, tiene un medio para dar cumplimiento al mandato divino y ganar ante Dios en el camino de la perfección. Este medio es la CARIDAD.

Muchas son las necesidades ajenas y las miserias de quienes nos rodean. A muchos podemos aliviar en sus hambres y en sus enfermedades y muchas caridades podemos hacer, las más de las veces con el consuelo y la palabra de cariño, que la necesidad del amor del prójimo es planta que crece en muchos hogares de los desheredados de la fortuna.

Muchas son las organizaciones de caridad que se preocupan de remediar en lo posible las desgracias ajenas y a ellas podemos acudir con nuestra aportación grande o pequeña que en la casa del pobre las pequeñas atenciones tienen también muy buena aplicación.

La caridad, es una virtud que Dios premia con creces, pues se distingue de muchas otras virtudes en que no tiene premio alguno en este mundo y sólo se hace por amor del prójimo, sin esperar siquiera que éste nos lo

agradezca, porque la caridad verdadera es la caridad anónima.

La religión nos ofrece la contemplación de obras extraordinarias de amor a nuestros semejantes, al verlas realizadas por esos hombres, anónimos ante los demás, que cubren su personalidad verdadera bajo tosco sayal de orden religiosa. De puerta en puerta nos piden para sus pobres, o para sus recogidos, una limosna... por amor de Dios. Con ella, agotadas sus fuerzas en la búsqueda de medios económicos, y deprimida su alma, tal vez, por la grosera impertinencia del egoísta, van hacia sus instituciones de caridad para llevar la salud y la vida a quienes carecen de todo en este valle de lágrimas. Otras veces es el caballero cristiano quien nos pide para los pobres de la parroquia, a fin de poder llevarles algo que mitigue la absoluta pobreza que la enfermedad no le deja remediar.

Y ahí tenemos medios suficientes para colmarnos de méritos ante Dios, que si nos ha recomendado primero guardar sus mandamientos nos ha señalado también, a través del joven príncipe de la sinagoga, el camino para perfeccionarnos en la virtud y lograr la vida eterna.

La CARIDAD, es el medio más extraordinario que tenemos para asegurar nuestra salvación.

Ya sabía Jesús de Nazaret que el joven que le había interrogado había observado los mandamientos desde su niñez, pero quiso aprovechar la ocasión de señalar a todos cual era el camino para perfeccionarse.

Dura recomendación para el joven príncipe, que cargado de riquezas, había encontrado fácil el cumplir los mandamientos de la Ley. No se encontró con fuerzas para cumplir el consejo que le señalaba el Maestro y dice el Evangelio «que se fué apenado... porque era muy rico».—R.

Misa de la uva y el trigo

INTROITO

La uva primero es sarmiento, primero el trigo es espiga; por su santo ordenamiento, cuando el Señor los bendiga, serán santo Sacramento.

Por esta santa virtud que en uva y trigo se encierra desde el triunfo de la Cruz, alumbra la misma luz en el Cielo que en la Tierra.

OFERTORIO

Señor Dios: Aunque te invoco, yo nada mío te ofrezco, pues todo lo que merezco a tu Grandeza es muy poco.

Pero te ofrezco ese mixto alimento: vino y pan que la uva y el trigo dan y que se convierte en Cristo.

Y Cristo no es en potencia que Tú mejor o peor, que es tu mismo Ser, Señor, y también tu misma Esencia.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

Gijón, setiembre de 1945

LA NIÑA Y LA MARIPOSA

¿No habéis visto alguna vez a una niña, llena de viveza y de alegría, correr impaciente, ágil y ciega detrás de una mariposa?

Va, vuelve; torna a ir, y torna a volver; sus pies menudos y ligeros trazan sobre la tierra tantos círculos, tantas vueltas, tantos giros, como giros, vueltas y círculos dibujan sobre el aire las alas casi impalpables del codiciado insecto.

Diez veces ha sentido en sus mejillas como un soplo el contacto fugitivo de aquellas alas finas como un encaje, brillantes como el oro y la seda, ligeras como el aire.

Veinte veces la ha cogido, y veinte veces se le ha escapado: parece un desafío a muerte: la niña ni se cansa ni cede; la mariposa ni huye ni se deja coger; hay gritos de cólera, gemidos de impaciencia y quejidos de alegría; hay pasión, hay furia, hay vértigo.

No es siempre la niña la que busca a la mariposa; muchas veces es la mariposa la que busca a la niña.

Cualquiera, siguiendo con los ojos este laberinto de vueltas, de movimientos, de saltos y de carreras, esta serie de emociones, unas veces porque la coge, otras veces porque se escapa, diría con la sonrisa en los labios:

—Ved ahí una niña que juega con una mariposa.

—Cierto, dirán cuantos lo escuchan; y sin embargo, puede ser y es todo lo contrario.

Hay muchas cosas que tienen el derecho al otro lado de aquel porque se miran. que semejantes a los hombres, suelen echarse la realidad a la espalda, llevando delante la superficie, la fachada, las apariencias.

Cualquiera que caiga en esto podrá decir:

—Ved ahí una mariposa que juega con una niña.

Entretanto la niña sigue invencible y la mariposa incansable.

Llega al fin un momento que parece decisivo.

La mariposa ha tomado espacio, y elevándose hasta las copas de los árboles se ha perdido entre el follaje oscuro y espeso.

La niña, suspensa, la busca con sus inquietas miradas, y no la encuentra. De pronto la ve venir silenciosa y cauta por debajo de las ramas, como si quisiera sorprenderla.

Sus alas, ya azules, ya carmesíes, relampaguean en la sombra, llenando el aire de caprichosas aguas de todos colores; se agita temerosa como una llama de nácar, de púrpura y de oro.

La niña abre sus brazos para esperarla, abre sus ojos para no perder ni uno de sus movimientos, y abre sus labios sonrosados para decirse a sí misma: «Esta vez no se me escapa».

La mariposa llega, la envuelve en una nube de círculos, roza sus labios, sus rizos, sus mejillas, sus párpados, golpea con sus alas las manos de la niña, y se

escapa majestuosamente como si quisiera decir: ¡«Estás fresca!»!

¡Qué lástima! ¡qué desconsuelo! ¡qué rabia!

La mariposa va y vuelve, la niña vuelve y va. Las dos se buscan con nuevo encarnizamiento y las dos se encuentran.

Levanta la niña sus dos manos blancas, pequeñas y sonrosadas como dos mosquetas, y la mariposa pasa por entre las manos de la niña como pudiera pasar por entre dos rosas.

Este sí que es el momento decisivo, el momento supremo.

La niña junta sus manos, y la mariposa queda al fin entre las manos de la niña.

¡Qué alegría! ¡qué saltos! ¡qué risas! ¡qué felicidad!

Aquí está preso, cogido, el objeto de tantos afanes.

No se atreve a separar los dedos, y los aprieta temerosa de que el tesoro se escape.

Diez cabezas más o menos rubias, pero todas móviles y risueñas, rodean con impaciente curiosidad aquellas manos que han sabido coger tan codiciada joya.

Diez cabezas de niña, esto es, diez botones de rosa que se empiezan a abrir.

Van a ver los matizados colores de sus alas, van a tocar sus bordados de oro, van a examinarla, a besarla, a poseerla.

Se toman serias precauciones, para el

caso de una fuga. Todas las manos se levantan escalonadas estratégicamente alrededor del prisionero, como centinelas colocados para hacer inútil cualquiera tentativa de evasión.

Cada una de aquellas manos están deseando que el preso se escape, para ser ella quien le toque detener al fugitivo.

Al fin la niña empieza a separar poco a poco sus manos fuertemente apretadas; la curiosidad se aumenta, la impaciencia crece, y las precauciones se doblan: la curiosidad se pinta en todos los semblantes, y la inquietud en todas las miradas.

Hay un momento de profundo silencio y de incompleta inmovilidad, ese silencio y ese reposo que preceden siempre a los grandes sucesos.

Al fin las manos de la niña se abren: una exclamación general resuena en el corro; la curiosidad desaparece, las manos se bajan, las precauciones se abandonan.

La mariposa no es mariposa; aquellas alas no son alas; aquellos colores no son colores; la niña muestra en la suave palma de su menuda mano un gusanillo aplastado, un poco de polvo que apenas brilla a los rayos del sol; nada.

La curiosidad se convierte en descontento, la animación en abandono, la alegría en tristeza. — ¡Qué chasco!

He ahí la vida; ese es el mundo.

Selgas

El que todo lo prevee

La buhardilla se quedó sola, con una soledad mayor y más triste que la habitual, cuando la pobre viuda se iba a su trabajo en la fábrica de jabones, dejando a sus dos criaturas de tres y cinco años respectivamente en el Asilo, y al cuidado de las santas y pacientes Hermanas... La buhardilla se quedó sola, con la absoluta soledad de la muerte, y mientras se llevaban al cementerio el cuerpo de la infeliz inquilina, arrebatada en una semana por una pulmonía, acompañándole esa media docena de buenos vecinos, que no faltan nunca a dar tierra al que con ellos milita en las filas de la miseria.

La vecina de al lado, una desgraciada inútil para todo oficio complicado por faltarle una mano, se llevaba a un sotabanco a los dos niños para que «jugaran» con los tres suyos, no mucho mayores de tamaño y de edad.

A los cinco años las células grises no tienen aún ideas negras, los ojos no saben aún lo que son lágrimas de dolor, esas lágrimas que suben del corazón a los párpados como espirales de fuego. Así, los dos huerfanitos, que habían llorado por haber visto llorar, se sonrieron en cuanto pusieron sus dedos inocentes en el muñeco sin cabeza, en los platos de plomo, en los armarios de madera de caja de tabaco, en los seis o siete juguetes de a quince céntimos la pieza, comprados en cualquier tenderete ambulante cualquier sábado de cobro, que los chicos de la manca pusieron al punto a su disposición con esa fraternidad infantil que en la infancia se establece en el acto en cuanto dos muchachos

se entrevistan. Y los cinco se enfrascaron en su recreo en aquella glacial habitación desmantelada, sin estera, bien que a ellos no les fueran nuevos los ladrillos sobre los que jugaban, y que con la cocina y una alcoba, dos tabucos imposibles, constituían todas las piezas de la casa.

La manca los vigilaba mientras espumaba el humilde puchero, y, considerando el tierno grupo, decía con un profundo sentimiento de compasión:

—¡Ni que fuán tóos hermanos! ¿Y qué vá a ser de esos probecicos.—¡Ah! Ese carraspeo es el de mi Juan. Ya están de vuelta del entierro.

Y fué a la puerta.

Entró el señor Juan, un mocetón que, no obstante el lavado exigido por la ceremonia, delataba en ciertas salpicaduras rebeldes, escapadas al restregón en la abollada jofaina de zinc, su profesión de albañil. Su primera mirada fué para aquel montón de criaturas. Sus tres chicos vinieron a él gozosos, abrazándole a un tiempo: los dos huerfanitos se quedaron suspensos, acaso echando de menos por primera vez, instintivamente, otros besos iguales.

—Qué, ¿ya habéis dao tierra a esa probe?

El albañil no contestó al pronto a la pregunta de su esposa, luego dijo un sí maquinal, y de pronto exclamó:

—¿A que no sabes lo que he venío pensando por el camino?

—Tú dirás.

—Pues que la probe que hemos enterrao había sido muy güena con nosotros, y bien que me asistió cuando yo estuve con las calenturas, y... que nos vamos a quedar con sus chicos... ¿qué te parece?

La mujer se quedó perpleja, y repuso:

—Ya se me había pasao a mí por la cabeza, que donde comen cinco comen

siete, pero hay que pensarlo bien... es mucha carga...

¿De dónde va a salir para tantos?

—¡Ya habrá quien lo traiga!

—¡No sé quién! ¡Yo no puedo ayudarte!

Un gorrión vino entonces a picar en el estiércol con que habían abonado un tiestecito, puesto en la única ventanucha sobre el tejado... El albañil le vió, e iluminado de una idea espontánea, contestó con una hermosa fé señalándole:

¡El que da de comer a los pájaros!

Alfonso Pérez Nieva

COMENTANDO

CRUCERO MARÍTIMO

Vosotros que conocéis, caros lectores, los quebrantos que en más de una ocasión sufrí en mis viajes por tierra, podréis comprender el por qué de mi decisión de hacer un crucero por mar. Tenía miedo, sin embargo, ya que todos los que conocían mi obstinación se empeñaban en hacerme desistir de ella, hablándome de los rigores de un mareo inevitable, de las molestias ruidosas de las máquinas, y otras otras zarandajas por el estilo. Fue todo en vano, y en una venturosa tarde, magnífica de sol y calmada de aguas, «piso tierra» en un buque platanero, que me conduce desde El Musel a Pasajes.

Desde el primer momento sentí deseos de hablar con el Capitán, pero, de mo-

mento, no le vi. Salimos al oscurecer. Voy sobre cubierta y me creo un viejo lobo de mar, al ver que el mareo no me visita. Casi miro con desprecio a un marinero que está a mi lado. *¿Pero es que no hay nada que me maree?* Miro a proa, y nada; a popa, y nada; a estribor, y nada; a babor, y nada. Pregunto a mi *vecino* marinero, que no entendiendo bien la pregunta, me contesta:—Si no nadase, naufragaría.

Otra vez siento ganas de hablar con el capitán y no le veo. Yo al principio, creí que no íbamos a poder embarcar, ya que debido a la persistente lluvia de días anteriores, supuse que estaría inundada la mar. Pero estamos en alta mar; que se llama así porque tiene la mar de agua. Dormí muy bien y a la mañana siguiente, mientras desayunaba, alguien gritó:—¡Una isla a estribor!—Salí a cubierta. Veo a mi lado a Neptuno, que resultó ser un escocés que salía del Bar con un tenedor en la mano. La isla, era Europa, nos dijo el Capitán que allí estaba. Por fin, podía hablar con él a solas, y entablé el siguiente dialogo:

—¿Y bien, Capitán: cómo se pescan los tiburones?

Me mira con cara de misericordia y no me contesta. No me explico el por qué de esta actitud, ante la mía tan correcta, e insisto:

—¿Me deja Vd. mandar algo, Capitán?

—¡Mande Vd. lo que quiera!—Contesta con miedo de contrariarme. Y mi voz de

viejo lobo de mar, se deja oír potente, diciendo:

—¡Marinerito: arría la vela...! Era lo único que sabía de haberlo oído en no sé donde.

Unos brazos, no sé de quien, me separan de allí y me llevan a cubierta a descubierta. No sé cómo se llamará esto en los barcos, pero es verdad. Hay cubierta cubierta y cubierta descubierta. Pues a mí, me llevaron de la una a la otra.

Estoy a la vista de esos grandes respiraderos que a mí se me antojan gigantes y cabezudos. Cruzan sobre nosotros unas gaviotas de Bilbao, y aparece de nuevo el Capitán.

—¿Puede parar un momento, Capitán?—pregunto:—Quisiera apearme en este sitio.

A mi espalda oigo unos ¡olés! estridentes. Son emitidos por dos cotorras que lleva consigo un torero de alta categoría, que las amaestró de forma tal, que cuando el público pita gritan ellas ¡olé! para animar a su dueño.

Ya en Pasajes, los carabineros retrasan el desembarco por aquello del contrabando. Una señora gorda, llevaba dos negros cerdos, *hablando con perdón*.

Yo me hago simpático a mi carabinero y no me registra la maleta. Es vasco. Le pido su nombre para agradecerse y me lo da:

—Me llamo—me dice—Josechu Arregorriteaga, pues.

HERO

CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJÓN

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJÓN Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacio-
nal del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJÓN Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA · LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJÓN Moros, 56

Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO